

## CAMBIO DE GOBIERNO EN EL SALVADOR

El primero de Julio de 1977 se inició en El Salvador un nuevo gobierno, dentro del clima de tensión vivido en los últimos meses de la anterior administración pública y recrudecido en los últimos días por el temor de que grupos extremistas realizaran acciones espectaculares de última hora, en un intento por frustrar la imagen, de cara al exterior del país, de una transición ordenada y pacífica de uno a otro gobierno. Anticipándose, precisamente, a ese tipo de acciones y como reacción típica de huida cuando las presiones sociales comienzan a volverse insoportables, un considerable sector de las clases más pudientes del país había trasladado sus familias al extranjero, en espera de que el ambiente político se volviese, en algunas semanas, meses o años, menos enrarecido.

Numerosos retenes y vehículos de las fuerzas de seguridad vigilaban las calles de la ciudad capital, subrayando lo conflictivo de la situación que dejaba al General Romero su predecesor, como inmediata y pesada herencia de gobierno. Pero no sólo era la tensión del clima y el enorme deterioro de la imagen internacional del país la herencia política del Coronel Molina. Al nuevo gobierno le trasladaba, como lo heredó él del anterior y éste de sus antecesores, toda la carga de injusticia y opresión de unas estructuras sociales obsoletas, que tuvieron su origen en nuestro pasado colonial, los siglos consolidaron y el paso del tiempo acentúa ahora aceleradamente en su tremenda conflictividad.

Y es que nuestras clases dominantes parecen seguir sin entender la diferencia fundamental entre desarrollo auténtico y obras desarrollistas. Quieren obtener el primero a base sólo de las segundas, sin cambio de las estructuras que determinan la dinámica social. Les preocupa sólo, aunque legítimamente, el problema del crecimiento económico; pero poco o nada el de la distribución y equidad. Esto genera una dinámica que en forma rápida moderniza los estilos de vida y los patrones de consumo del cinco o diez por ciento afluente de la población, mientras crece vertiginosamente el número absoluto de la masa indigente y se acentúa con creces la brecha cualitativa de la vida de unos y otros. Con ayuda de los altos precios de los productos básicos de exportación, cuyos mercados siguen determinando en lo fundamental las fluctuaciones cíclicas de la economía salvadoreña, el gobierno presidido por el Coronel Molina realizó diversas obras desarrollistas, algunas de las cuales podrán tener cierta incidencia real en la vida de los

sectores populares. Sin embargo, en su conjunto, dejó intactas las estructuras o determinantes que prescriben la forma en que se distribuyen los frutos del crecimiento, real o cíclico, de la economía salvadoreña. Y esos determinantes siguen siendo altamente discriminatorios en favor de un núcleo reducido de la población, en contra de la vasta mayoría.

En un momento por lo menos, el Coronel Molina dió muestras de comprensión del problema estructural. No es éste el lugar para juzgar las características técnica del "Primer Proyecto de Transformación Agraria" ni la habilidad o falta de habilidad política con que se manejó todo el asunto. Por nuestra parte, hemos indicado desde estas páginas que, de habernos tocado emitir una opinión con anterioridad a la elaboración del proyecto —lo que no fue el caso— habríamos preferido otros diseños globales para la Reforma Agraria; pero que, una vez decidido el Proyecto, representaba un primer paso de cara a ese problema estructural. Por eso apoyamos la medida cuando se convirtió en Ley de la República. Por eso no fuimos de aquellos que, como dijo el General Romero refiriéndose a los cambios estructurales planteados por el Coronel Molina, "no quieren situarse dentro del contexto del tiempo" o que "guardaron ingrato silencio aunque reconocían los méritos de las medidas adoptadas".

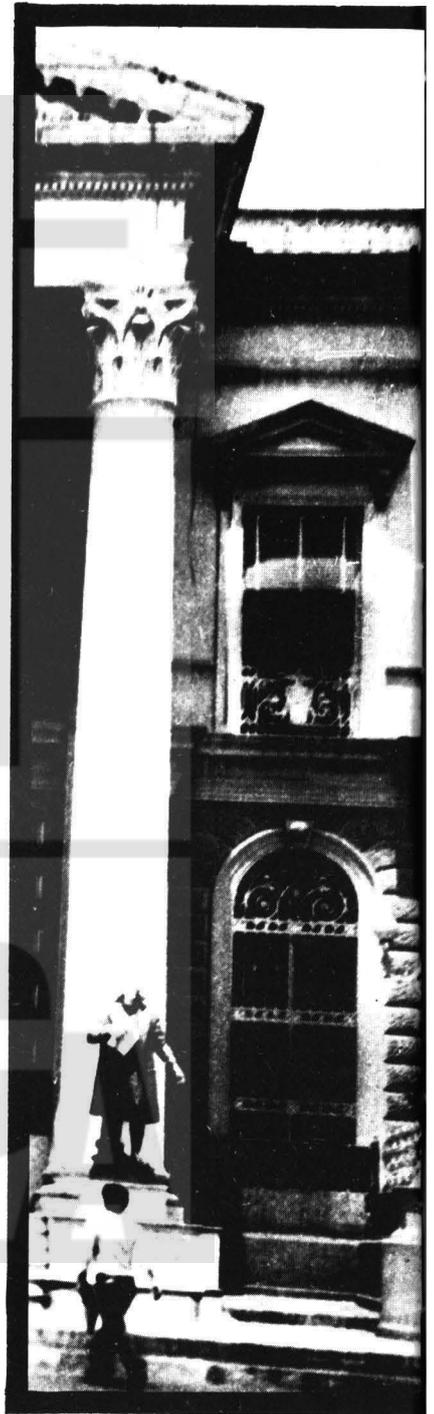
Lo que ocurrió en los meses subsiguientes ha sido ampliamente comentado y documentado en esta revista: a la crítica situación ya existente se añadió un grave deterioro de la autonomía estatal, una aguda polarización de los sectores sociales y un vertiginoso descenso de la legitimidad política, a medida que el sistema perdía su ya escaso ropaje de democracia liberal y el rostro humano que podía quedarle de elemental respeto a los derechos básicos de la vida y a los fundamentales valores de la civilización occidental judeo-cristiana. Todo ello contribuyó a generar, con el problema estructural siempre en el trasfondo, el clima de tensión que se vivió durante el cambio de autoridad estatal y que —como no podía ser de otra manera— perdura con altibajos en las primeras semanas del nuevo gobierno.

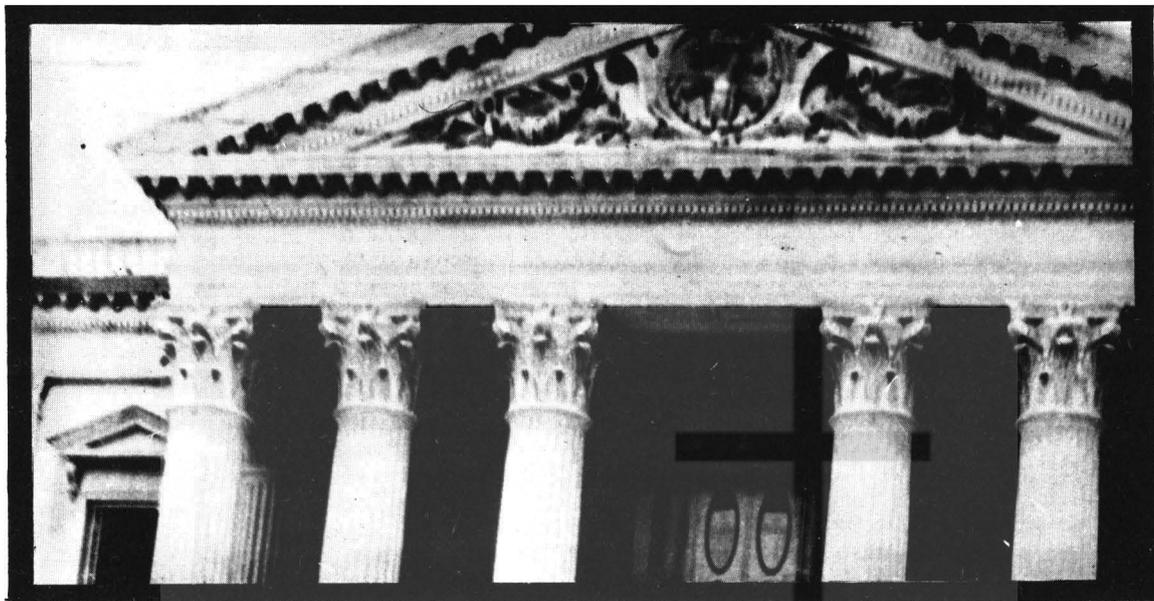
En su mensaje inaugural, el General Romero no hizo mención explícita del problema estructural, aunque sí presentó una serie de enunciados con los que, en su forma abstracta, resulta difícil estar en desacuerdo y que, al llenarlos de contenido histórico concreto, podrían llevar a enfrenar directamente ese problema:

"Tengo plena conciencia de que es necesario atacar en su origen las causas que engendran el descontento."

"Conozco la situación de injusticia social en que viven muchos de nuestros hermanos, razón por la que estoy decidido a realizar, en mi período, los cambios necesarios para alcanzar el bien común que debemos disfrutar los salvadoreños."

"Quiero ahora recordar al pueblo salvadoreño, los postulados esenciales que orientarán la acción de mi gobierno. Siendo la justicia un valor superior, al cual aspira todo ser, dedicaré mis esfuerzos para hacerla realidad, sin distingos ni excepciones, convencido de que trabajando por ella obtendremos la paz que todos anhelamos, para vivir y convivir como personas."





“Deber y compromiso que jamás podré eludir frente a las exigencias de la historia y, sobre todo, ante la necesidad apremiante de El Salvador de encontrar fórmulas políticas de convivencia que posibiliten a nuestros compatriotas el desarrollo pleno de su personalidad, dentro de los principios de dignidad, igualdad, justicia, solidaridad, orden, paz, trabajo, respeto y libertad.”

La dificultad, ahora, de juzgar el mensaje presidencial inaugural, radica en que su significado puede ser ambiguo, y las palabras generales pueden dar cabida a concepciones completamente distintas del quehacer gubernamental en los próximos cinco años.

Programáticamente, el discurso presidencial del General Romero puede dar lugar a, por lo menos, dos diferentes cursos de acción gubernamental.

En una línea negativa, el gobierno podría continuar el mismo tipo de acciones realizadas en los últimos meses de la anterior administración. La necesidad de unidad nacional —también reiterada en el discurso— podría servir como justificación para intentar unificar a la población salvadoreña dentro de una organización corporativo-totalitario, eliminando la disidencia pacífica con violencia. Ahora bien, el clima de tensión a que hicimos antes referencia; la polarización social; la respuesta violenta al cierre de las vías democráticas para expresar inconformidad y a los caminos civilizados de cambio social; las vidas perdidas, el temor, el pesimismo, la huida, la disminución de legitimidad política, el deterioro de la imagen internacional de un país como el nuestro, altamente dependiente y vulnerable desde el extranjero, son testigos dicientes del caos sangriento y desastroso a que podría conducir a El Salvador semejante curso de acción.

En una línea positiva, el gobierno puede iniciar un proceso de dos fases, que creeríamos correcto y necesario. En la primera fase, se buscaría crear un nuevo clima de convivencia civilizada; en la segunda, un inicio de los cambios estructurales que el país tanto necesita. Los contenidos de este proceso deben traslaparse temporalmente, de manera que no es necesario haber terminado una etapa para iniciar la siguiente. En realidad, la primera fase adquiere sentido en la medida en que hace posible y engendra de hecho a la segunda.

La primera fase exige, en primer lugar, un estricto respeto a los derechos humanos fundamentales; dicho de otra manera, un cumplimiento riguroso de lo que prescribe nuestra Constitución Política respecto a los derechos del individuo. Con detenciones arbitrarias y sin juicio; con deportaciones, amenazas y torturas u otras formas de irrespeto a la dignidad, vida o integridad de las personas, no es posible lograr ningún clima de convivencia que sea pacífico y civilizado. Exige, en segundo lugar, un diálogo franco y respetuoso con todas las fuerzas sociales del país; diálogo en el que no se busque instrumentalizar decisiones tomadas de antemano, sino comprender lo que de legítimo puede haber en las distintas posiciones y sondear posibilidades de futuros ámbitos de consenso. Implícita en la voluntad de diálogo debe estar la voluntad de respetar la disidencia política expresada pacíficamente. No es posible, en ningún sistema político, satisfacer plenamente las demandas de todos los sectores. Pero tampoco es viable a la larga un sistema político que ignore sistemáticamente las demandas de los sectores mayoritarios.

Con el terrorismo, desde luego, no se puede dialogar. Una y otra vez hemos expresado nuestra completa oposición a los métodos violentos. Por razones muy distintas, por intereses opuestos, estos extremismos pueden llevar a El Salvador a una situación caótica en que no se logre nada excepto el derramamiento de sangre. Piensan los de un lado que agudizando las contradicciones se llegará a la revolución y, con ella, a la superación de las injusticias; piensan los del otro lado que, manteniendo su prepotencia, lograrán tener amordazado a un pueblo que se debate en la miseria y en la injusticia. Lo que unos juzgan como principio de revolución, los otros lo juzgan como principio de estabilidad. Ante estos juicios, debiera quedar bien claro que es un extremismo el que alimenta y sostiene al otro; que el reforzamiento de uno de ellos en una situación geopolítica como la de El Salvador, lleva como contrapartida el reforzamiento dialéctico de su opuesto; y que sólo en la superación de estos extremismos puede quedar un poco de esperanza.

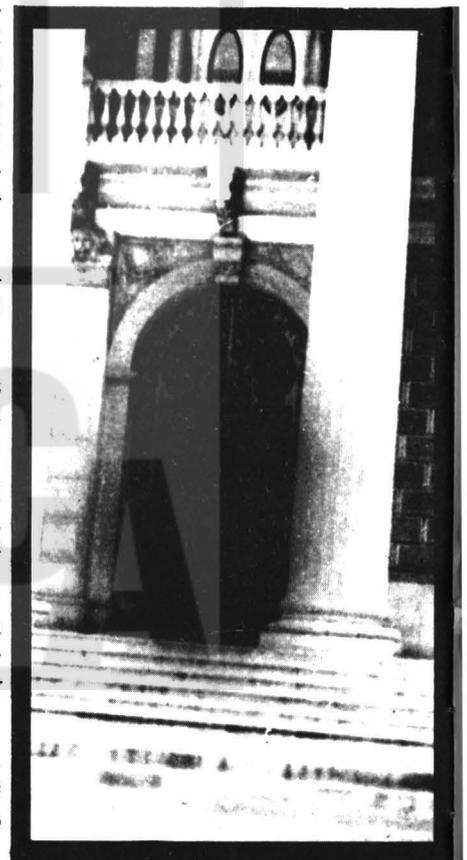
En el mensaje presidencial inaugural parece manifestarse un compromiso por buscar la vía de la convivencia civilizada en lugar de la represión totalitaria. Dijo el Presidente Romero:

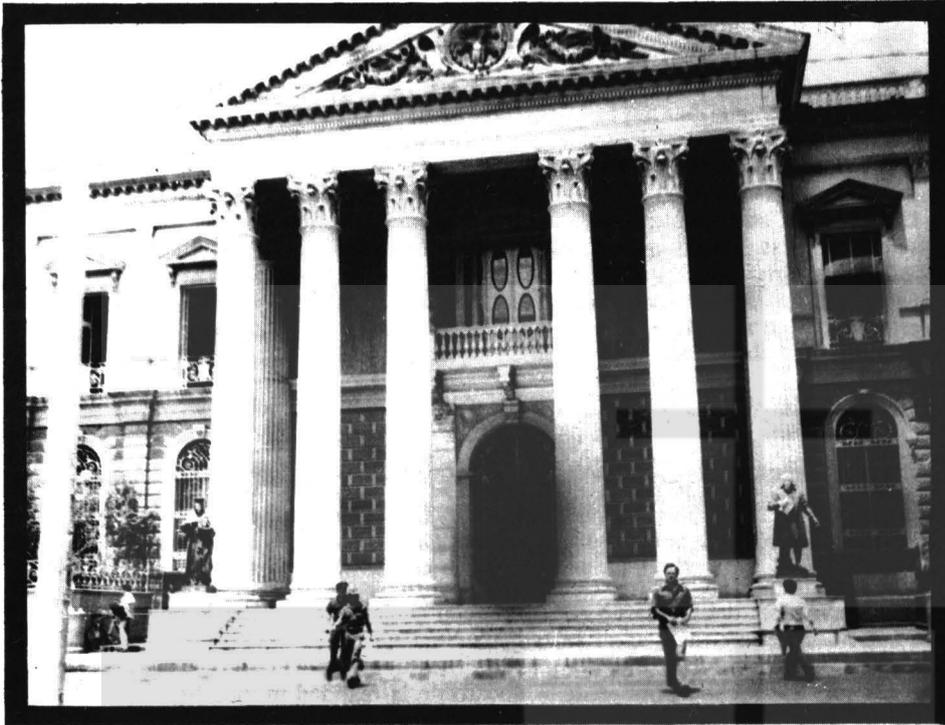
“Siendo el hombre principio y fin de todas las cosas, fortaleceremos el respeto hacia las libertades individuales y sociales consagradas en la Constitución.”

“La democracia admite la polémica y en consecuencia favorece el diálogo, abre el camino para que con los adversarios de ayer y de hoy, opositores desde el punto de vista político e ideológico, nos podamos entender con decoro.”

“Con vehemencia manifiesto: es hora ya de que haya paz en nuestra tierra, paz entre las diferentes tendencias políticas, paz entre las distintas asociaciones gremiales y profesionales, paz en el seno de la familia y, ante todo, paz en los corazones.”

“Movido por las convicciones que acabo de expresar, vengo con la mano tendida a todos los habitantes de El Salvador, absolutamente a todos, nacionales y extranjeros. Tiendo mi mano abierta, cordial, franca y leal a cuantos quieran estrecharla en igual forma.”





En las primeras semanas del nuevo gobierno, parecen haberse dado algunos pasos positivos en la dirección indicada. Pero el gobierno debe saber, si ha optado —como parece— por la generación de un nuevo clima de convivencia, que éste no puede darse de un momento a otro. Con el peso del lastre que el país arrastra, tomará algún tiempo de acción paciente y consecuente con esta línea —respeto riguroso a los derechos humanos, expresado en hechos concretos, y diálogo franco y directo con todas las fuerzas sociales— antes de que pueda el nuevo gobierno gozar de un grado razonable de credibilidad y legitimidad entre los diversos sectores sociales salvadoreños.

En una segunda fase, debe enfrentarse seriamente el problema estructural antes aludido, que incluye y a la vez trasciende el de las estructuras agrarias. No es éste el lugar para indicar soluciones concretas a tan grave problema; pero el nuevo gobierno puede y debe buscar en las rondas de diálogo de la primera fase formas y métodos de solución que tengan suficientes condiciones de posibilidad, técnica y política, como para intentarlos en un futuro muy próximo. Cabe recordar una vez más que éste es el problema básico que genera la mayor parte de la conflictividad social en nuestro país, y no la apreciación subjetiva de los diversos actores sociales, como a menudo suponen los análisis simplistas.

El verdadero significado del mensaje inaugural del Presidente Romero será dado por el contenido histórico concreto con que llene las palabras dignidad, paz, trabajo, justicia y unidad. Son los hechos, el curso real de acción que siga el nuevo gobierno lo que determinará el juicio de la historia. Y el juicio ya ha comenzado.

## IMAGEN, DIPLOMACIA Y REALIDAD

Ultimamente, se ha vuelto un tópico casi obligado en las declaraciones de los voceros del Gobierno salvadoreño el quejarse sobre la mala imagen que nuestro país tiene en el extranjero. Se diría que, en la valoración política de ciertos sectores, cuenta más lo que afuera dicen sobre nuestra realidad que el examen ponderado y sincero de la realidad misma. Se ha llegado a hablar en términos bastante estereotipados de una campaña internacional de desprestigio contra El Salvador, que se ha atribuido a fuerzas maléficas y a supuestas entidades conspiratorias. Más aún, la reciente audiencia que un Subcomité del Congreso norteamericano ha tenido sobre la persecución religiosa en El Salvador (ver **Documentación** en este mismo número de ECA) ha desencadenado furibundos ataques personalistas contra el ex-embajador de los Estados Unidos en nuestro país, Ignacio Lozano, con argumentos más propios de una pelea callejera que de una verdadera refutación. La técnica del "chivo expiatorio" sigue siendo el expediente más fácil para salir de problemas, sin preguntarse siquiera por el problema mismo. Hemos leído en la prensa salvadoreña muchos insultos contra el señor Lozano, pero ningún análisis ponderado y sincero de los hechos y datos ofrecidos en su testimonio.

Hay una parte indudable de verdad en estas quejas. Nuestro país es poco o mal conocido más allá de Centroamérica. Es raro encontrar algún tipo de información sobre El Salvador en la prensa internacional y, en muchos casos, nuestro país no tiene buena ni mala imagen; sencillamente, no tiene imagen, se ignora su existencia. Somos un país pequeño y pobre y, en este mundo, donde lo que cuenta es el poder, El Salvador y su realidad no parecen interesar. A nivel internacional somos quizá como el humilde campesino, que sólo interesa a la hora de ofrecer su voto o como noticia amarillista.

A esta ignorancia contribuye no poco el deficiente funcionamiento de las estructuras diplomáticas, tanto de las representaciones extranjeras en nuestro país, como de las legaciones salvadoreñas en el extranjero. Sorprende desfavorablemente ver la ignorancia que sobre la realidad salvadoreña tienen algunos de los embajadores acreditados en el país. Se diría que su mundo y su horizonte no van más allá de ese pequeño y cerrado medio reflejado cotidianamente en las mal llamadas "notas de sociedad". ¿Qué tipo de información sobre El Salvador podrán transmitir a sus respectivos pueblos estos embajadores? No todos son así, ciertamente, y es de agradecer. Pero sería bueno propiciar y aun reclamar una actividad diplomática quizá menos aparente, pero sí más efectiva.



Otro tanto cabe decir de las legaciones salvadoreñas en el extranjero. Es tiempo ya de establecer una carrera diplomática, que fundamente nombramientos, ascensos y retiros, y que dé orientación y contenido a la acción de nuestros representantes en otros países. Mientras embajadas y consulados sigan constituyendo, en un buen porcentaje, el pago de favores o el reducto de posibles rivales y competidores políticos, es difícil esperar que la diplomacia salvadoreña sea capaz de situarnos internacionalmente. ¿Qué imagen de nuestro país serán capaces de transmitir quienes en la representación diplomática sólo ven la ocasión para medrar personalmente o el castigo a su discrepancia con el gobierno o gobernante de turno?

Así como hay algo justificado en las quejas sobre la mala imagen internacional de El Salvador, hay también algo —mucho— de injustificado. Porque, más allá de comprensibles reacciones emocionales, hemos de reconocer que la imagen corresponde a la realidad, por lo menos, a una buena parte de nuestra realidad. Las situaciones y los hechos no se cambian con negarlos, ni dejan de ser ciertos los datos ofrecidos sobre la situación en El Salvador, aunque nos duela el que se aireen públicamente. La situación social de nuestro país tiene de todo menos de “sonriente”, y la torpe política del gobierno anterior y de ciertos sectores poderosos ha exacerbado los conflictos y la irracionalidad hasta niveles intolerables. Lamentablemente, esto es noticia, y noticia internacional. Noticia que recorre el mundo entero, esparciendo una imagen de El Salvador que, sin ser totalmente adecuada, no por eso deja de ser menos cierta. Los graves problemas sociales, las continuas violaciones a los más elementales derechos humanos, la persecución religiosa, las campañas de insultos impresos, el comportamiento irracional de una minoría que trata de domeñar a toda costa a un pueblo hambriento de pan y justicia, todo esto es noticia, sencillamente porque rompe los moldes de la racionalidad que se puede esperar de cualquier sociedad humana.



Esta es la imagen internacional que hoy existe sobre El Salvador. Y lo es porque, desgraciadamente, así es nuestra realidad, aunque no toda nuestra realidad sea así. Es normal que hiera nuestra sensibilidad el que el Congreso norteamericano ventile los problemas de la persecución religiosa en nuestro país; pero mucho más debe herir nuestra sensibilidad y nuestro juicio el que esta persecución tenga lugar en un país que se quiere democrático y que se confiesa mayoritariamente religioso y cristiano.

Una imagen como ésta no se cambia con palabras ni nuevas oficinas ni campañas propagandísticas. Ni tampoco bastan las buenas intenciones. La mejor y quizá la única forma de cambiar totalmente una mala imagen es cambiando la realidad que la imagen no hace sino reflejar. Ciertamente, es importante que las legaciones diplomáticas transmitan e informen adecuadamente a otros pueblos sobre lo que es El Salvador. Pero para que la imagen que puedan ofrecer sea buena, hará falta primero que lo sea también la realidad.

Erraría el nuevo gobierno si pretendiera hacer “borrón y cuenta nueva” con los sucesos y circunstancias estructurales que han conmovido y siguen conmoviendo nuestro país. Lo que hace falta es una política valiente que con hechos nuevos —no simples palabras— transforme desde la raíz esta nuestra realidad enferma. Lo importante es cambiar la realidad; la imagen vendrá después. El problema no es cuestión de estética, sino de ética, que es muy distinto.

## BELICE, UN PROBLEMA DE CONVIVENCIA

Los guatemaltecos están acostumbrados a oír de sus sucesivos gobernantes que resolverán la cuestión de Belice. Cada gobierno ha esgrimido el argumento de la recuperación del territorio beliceño como ha convenido a sus vicisitudes políticas. En algunas ocasiones incluso se ha llegado a decir que el diferendo con Gran Bretaña está a punto de resolverse. Hasta hace poco, no se había llegado a más de unas cuantas arengas y unas pequeñas concentraciones de tropas guatemaltecas en la frontera con el territorio en disputa. El guatemalteco, en general, había internalizado ya una nueva edición de la famosa filosofía del "Gatopardo": pareciera que siempre pasa un poco de algo para que en realidad no pase nunca nada.

Sin embargo, hace pocos días la movilización militar alcanzó niveles alarmantes. La frontera entre Guatemala y Belice estuvo a punto de convertirse en un sitio más de conflicto bélico contemporáneo al encontrarse los contingentes guerreros de Guatemala y Gran Bretaña a escasos tres kilómetros uno de otro. Y estando ambos ejército tan cerca, se temía por momentos que una simple bala disparada por accidente o por una decisión emotiva e irresponsable desencadenara una guerra absurda y totalmente innecesaria, de gravísimas consecuencias para la región centroamericana.

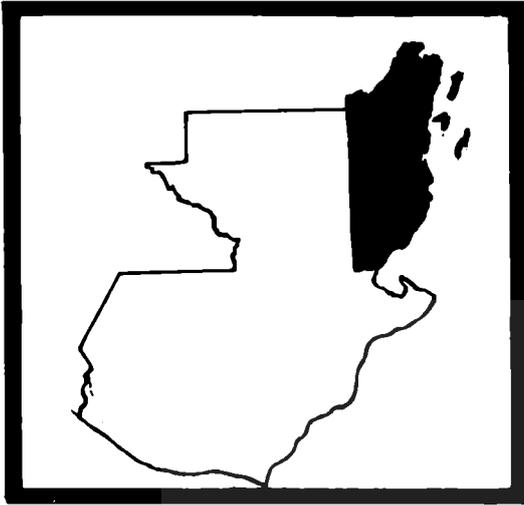
Esta nueva agudización del conflicto ha hecho aflorar con fuerza una serie de elementos oscuros que normalmente no se ponen sobre el tapete. Nos parece que plantear la cuestión en términos de mero derecho territorial es simple e inadecuado, y oculta realidades de hecho que afectan a la convivencia de todos los centroamericanos. Vamos por partes.

Los derechos que reclama Guatemala en el terreno jurídico parecen ser muy claros. Internacionalistas de diversos países han emitido dictámenes de

cididamente favorables a las pretensiones guatemaltecas. Pero también muchos de ellos han expresado su convencimiento de que la cuestión no puede resolverse exclusivamente en el plano del derecho internacional, ya que se trata de uno entre muchos factores —el jurídico— y que, por demás, resulta anacrónico.

Si un tribunal internacional produjera un fallo basado exclusivamente en consideraciones legales sobre tratados incumplidos, supondría que hay que revisar un sinnúmero de situaciones similares en todo el continente, si no en todo el mundo. Esto equivaldría no sólo a reescribir la historia, sino —lo que es más impensable— a reformular por completo el trazo de fronteras geográficas de todo el planeta. Insistimos, pues, en que el aspecto legal no puede esgrimirse como recurso exclusivo y absoluto, aunque puede ayudar a esclarecer la cuestión. Además de las consecuencias de impracticabilidad que acarrea, se ve adversado por implicaciones políticas que gravitan hacia otros criterios preferenciales y que lo vuelven todavía más complicado.

Por otra parte, está el argumento de la autonomía étnica y de la libre autodeterminación de los pueblos. Aunque éste parece funcionar a favor de la posición del gobierno de Belice, y está muy de moda internacionalmente, tiene sus lados flacos también. En primer lugar, está siendo esgrimido con insistencia por grupos políticos e incluso países de marcada tendencia de izquierda. Esto despoja al argumento de la oportunidad de ser evaluado en una base más libre y serena de la antropología social y se le recubre de inmediato de tonalidades políticas de partido, de tesis, de nación o de imperio: se ideologiza. En segundo lugar, tampoco puede aceptarse como argumento absoluto y exclusivo como lo han querido proponer algunos estadistas y lo han sobresimplificado algunos periodistas. Porque entonces, según



este argumento, toda mayoría o minoría étnica debería formar su propio país. Los asentamientos Kekchíes de Belice y los de Guatemala tendrían el derecho de autoindependizarse, al igual que los Quichés, los Lencas, etc.

Todo esto junto, representa problemas de etnografía y de jurisprudencia dignos de investigaciones doctorales, tópicos jugosos para interminables discusiones, pero un cuadro muy confuso para las soluciones prácticas de convivencia humana.

Llevando la argumentación a extremos, podemos mezclar aquí la reciente ofensiva estadounidense sobre los derechos humanos, cuando ellos mismos incumplieron la mayoría de más de 4,000 tratados con los nativos de su país y mantienen serios conflictos con muchos grupos étnicos en su mismo territorio. Los tiempos cambian, los gobiernos cambian, la gente cambia. Pero, casi siempre, este tipo de conflictos no es comprendido por la mayoría de las personas y parece tratar de resolverse no en función de la convivencia humana, sino de complejos intereses económicos que rebasan ampliamente a los grupos y regiones en conflicto. De allí salen muchos aventurerismos diplomáticos y militares, muchas pseudo-explicaciones de ocasión y toda una mitología periodística ya bastante conocida, que más que ayudar, confunde.

Hacemos énfasis en la convivencia, porque creemos que esta debe ser la perspectiva desde la cual se evalúen todos los demás criterios, sean jurídicos, étnicos, económicos o de supuestos honores nacionales o militares.

Y también en función de la convivencia han aflorado cosas raras en todo este asunto.

Creemos que algunas personas en el gobierno guatemalteco tienen sumo interés en obtener una resolución favorable a sus posiciones económicas y políticas.

En cuanto a lo primero, Guatemala tiene una deuda externa muy fuerte y se ha hipotecado internacionalmente con la esperanza de amortizar los préstamos gracias al petróleo que ya se está explotando en los pozos petroleros de Rubelsanto. Supuestamente también hay petróleo en territorio beliceño, tanto en tierra como en el subsuelo marítimo, y quieren más. En este sentido, habría disposición inclusive a una partición territorial, aunque esto iría en contra de la campaña de propaganda nacionalista y guerrera que el gobierno de Guatemala desarrolló hasta hace poco. Y aun cuando lo del petróleo beliceño fuera otro fraude publicitario, Guatemala tendría una salida más directa —y, por ende, más económica— para un oleoducto que llevaría el crudo que se está obteniendo actualmente en el Petén. De lo contrario, el oleoducto tendría que llegar al mar por Izabal, siendo mucho más costoso y difícil.

Siempre en el terreno de la economía, la discusión sobre el “encierró” marítimo para Guatemala, si tanto un Belice independiente como Honduras hacen uso de la prerrogativa de las 200 millas marinas, nos parece artificial. En esta eventualidad, la legislación internacional prevee un corredor marítimo libre para circulación hacia aguas internacionales. Creemos más bien que se ha enfatizado este punto en función de obtener, siempre dentro de las líneas de una posible partición, ciertas prerrogativas sobre la riqueza pesquera del Golfo.

En cuanto a lo segundo, el gobierno guatemalteco ha esgrimido la situación como un distractor político y una pre-prueba para depurar las diversas candidaturas presidenciales en las elecciones que tendrán lugar dentro de algunos meses. Previendo la posibilidad —como de hecho así ha sucedido— de que todas las candidaturas fueran a militares de alta graduación, con la consiguiente división de lealtades en el cuerpo de ejército, esta maniobra les facilitó un rápido proceso de consolidación de las filas castrenses, que culminó en la celebración del día del Ejército guatemalteco, hace no muchos días, cuando en la Capital del hermano país desfilaron únicamente reservistas (no soldados regulares) en cantidades enormes, y fueron arengados por la temible y amenazadora pieza oratoria del Jefe de la Fuerza Aérea Guatemalteca.

Sin embargo, el General Laugerud García y su equipo de gobierno no las tenían todas consigo. Han esgrimido la información como han querido. El pueblo guatemalteco no ha estado ni mucho menos informado del asunto ni de las negociaciones. En un momento, la comisión negociadora por parte de Guatemala apareció ante sus propios compatriotas como traidora en cuanto se comenzó a ventilar la

posibilidad de la partición (que por lo demás el gobierno beliceño jamás ha aceptado). Después de una mentalización tan enfática para la guerra por la recuperación de Belice, el gobierno se está esforzando recientemente por hacer aparecer a los “odiados ingleses” como negociadores cordiales y de altura y hacer que la ciudadanía comience a ver con buenos ojos la tesis de la partición.

Pero como de malabares políticos se trata, algunos grupos que todavía se autollaman “oposición” en la arena pública guatemalteca, le jugaron una carta difícil al Presidente Laugerud: que consulte al pueblo de Guatemala, a quien todavía no ha consultado.

Y es una carta difícil porque muy bien sabe el Presidente Laugerud la tristísima realidad que este reto encierra: la población criolla guatemalteca es fundamentalmente racista. Si bien es cierto que se podía manejar el asunto de Belice en abstracto, como un **territorio**, muy distinto era el problema de los **beliceños**, en su mayoría de raza negra y mulata. ¿Qué piensa el “guatemalteco” del asunto? ¿Quiere anexarse Belice? ¿Quiere ir a la guerra por ello? ¿Quiere “el guatemalteco”, o mejor dicho, está dispuesto “el guatemalteco” a aceptar la mezcla libre de la población negra de Belice en su economía, en sus instituciones sociales, en su cuadro profesional, en su cultura y en su configuración biológica? Hacemos una pregunta más: si se consulta públicamente, ¿a qué “guatemalteco” se consultará? ¿A todos? ¿O solamente a los que tienen poder económico como para expresarse en los medios de difusión y hacer pesar su opinión en las decisiones de estado?

Lamentablemente, creemos que ocurriría lo segundo, como de costumbre. Y el guatemalteco criollo, repetimos, es en su mayoría racista. Lo ha demostrado con la mayoritaria población indígena durante cientos de años, aunque trate de disfrazarlo diciendo que se trata únicamente de una discriminación económica y se dé golpes de pecho por ello. El criollo discrimina al indígena por ser indígena. El criollo, lamentablemente en su mayoría, no quiere de ninguna manera que personas de raza negra se introduzcan en la geopolítica de Guatemala y “complicquen más el asunto”. Estos guatemaltecos quieren salvar un honor chauvinista caduco, quieren recuperar el territorio de Belice, quieren las posibilidades económicas de Belice, pero no quieren a los beliceños.



El Presidente Laugerud tomó la salida fácil: el guatemalteco no puede opinar con propiedad porque no está bien informado y ha cursado “instrucciones terminantes” para que se informe ampliamente del asunto. El preguntar lo deja para después.

Creemos que esta forma de tratar las cosas es una afrenta a los guatemaltecos, a los beliceños y a todos los centroamericanos. Esto no es un juego de salón en donde se pueden manipular argumentos a mansalva, haciéndolos valer según conveniencias sectarias. Se trata de personas. Se trata de seres humanos que tienen derecho a expresar su opinión, a que se les informe adecuadamente y, sobre todo, que tienen derecho, **todos**, a convivir en paz como comunidades de hombres libres. Duele constatar esos indicios de que la cosa no se maneja en función de un beneficio real de convivencia para **todos** los guatemaltecos y para **todos** los beliceños. La convivencia de ambos pueblos y de todos los demás de la región pasa a un segundo plano por demasiado “romántica” y cede su lugar a un claro juego de poder.

Esperamos que llegue un día en donde se llegue a superar la etapa de los abusos, de los egoísmos y de los “slogans” y consolidemos una convivencia superior ante otro tipo de agresiones externas más solapadas, pero más serias, viviendo en una Centroamérica que sea de todos los centroamericanos.